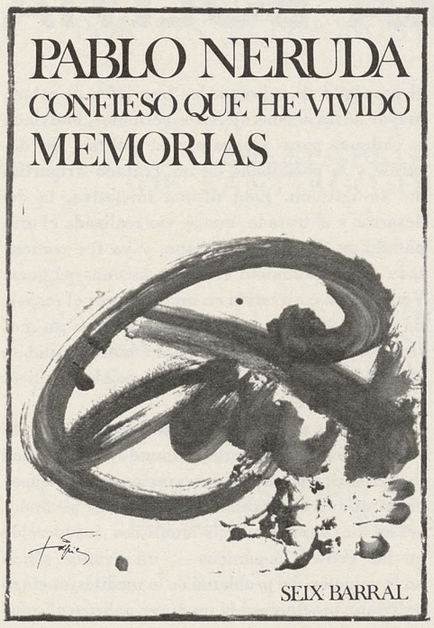
NERUDA POETA DEL PUEBLO

UNA VIDA APASIONADA EN LO POLITICO Y LO SENTIMENTAL



DE todas las maneras yo no nací para condenar sino para amar.» Es una afirmación nerudiana, es posiblemente una declaración de principios en buena parte válida. Hasta el exabrupto puede nacer del amor. Y el torrencialismo de Pablo Neruda es una cósmica conmoción amorosa. Poeta salvaje, de palabra salvaje y sentimiento selvático, de irrefrenable delirio arquitectónico. Confiesa que ha vivido y esta confesión no puede empujarnos al sobresalto. La afirmación estaba ya en su poesía, tanto en los *Veinte poemas de amor* como en *Canto general* o *Residencia en la tierra* o *El hondero entusiasta*, si bien las vivencias tengan su matiz propio en cada poemario. Sólo que en sus confesiones la actitud se hace más explícita. Se teoriza, e incluso se ejemplifica lo largamente corazonado en el camino de su poesía. Poeta de ola y mar, de pampa y de desierto, de cielos abiertos y vegetación exuberante, poeta en suma de inmensidades que sabe, incluso, definirse a sí mismo. «Mi poesía y mi vida han trascurrido como un río americano, como un torrente de aguas de Chile nacidas en la profundidad secreta de las montañas australes (...). Mi poesía no rechazó nada de lo que pudo traer en su caudal. Aceptó la pasión, desarrolló el misterio y se abrió paso entre los corazones del pueblo.» Aquí empieza la clave, Neruda poeta del pueblo. Por encima de fáciles connotaciones está la utilidad pública de la poesía que se basa «en la fuerza, en la ternura, en la alegría y en la esencia verdadera». Creo que en Neruda siempre estuvo clara su determinación de pensamiento, aunque progresivamente se clarificara hasta llegar a la elección de partido. Esto ocurrió en el año 45, pero ya para entonces había constatado ante sí y ante los demás los perfiles de su conciencia político-social, «nunca tuve miedo de contagiarme penetrando en la misma masa de mis enemigos, porque los únicos enemigos que tengo son los enemigos del pueblo». Y más adelante en el desempeño de sus primeras tareas diplomáticas en un Oriente inhóspito y desconocido, sobresaltado en principio, termina por hacerse esta reflexión: «El poeta no puede temer del pueblo.»

Sin embargo, es con los dramáticos aconteceres de la España del 36 al 39 cuando más conscientemente asume su radicalización. Afirma que la guerra de España cambió su poesía. Del patetismo subjetivista y la desolación, del dolor y la melancolía (que con pretensiones de universalidad no deja de ser el triunfo del yo herido sobre la colectividad menesterosa) pasa a una especie de concienciación humanística. La poesía ¿puede acompañar las luchas de los hombres? A partir de esta interrogante surge el *Canto general* que empezó a escribir en la Isla Negra frente a la orografía indómita de la costa oceánica. Allí surge la idea de, «un poema central que agrupara las incidencias históricas, las condiciones geográficas, la vida y las luchas de nuestros pueblos, se me presentaba como tarea urgente». Siempre la poética y la estética de Neruda se acompasa al vaivén de su actividad ciudadana. Neruda es indisoluble. Por ejemplo: «desde aquella época (se refiere a la Federación de Estudiantes Chilenos y la iniciación del Movimiento to Popular Chileno) se mezcló la pasión política en mi poesía y en mi vida. No era posible cerrar la puerta a la calle dentro de mis poemas, así como no era posible tampoco cerrar la puerta al amor, a la vida, a la alegría o a la tristeza de mi corazón de joven poeta».

Sin embargo, en Isla Negra pudo desligarse de la acción directa el poeta luchador y enfervorizarse el poeta teorizante. Hay una llamada urgente, un arrebato que lo desliga de sus preocupaciones inmediatas y el Presidente chileno lo manda a París para auxiliar a los exiliados españoles. Es, quizá, el momento (Isla Negra en la soledad y la meditación) en que pudo aparecer el aislacionismo o, al menos, la ruptura de la sutil ala que ensambla las vertientes nerudianas. Puede que de entonces arranque esta definitiva confesión: «Y de pronto veo que desde el sur de la soledad he ido hacia el norte que es el pueblo, el pueblo al cual mi humilde poesía quisiera servir de espada y de pañuelo, para secar el sudor de sus grandes dolores y para darle un arma en la lucha del pan.»

A lo largo de *Confieso que he vivido* nunca aparece un Neruda doctrinario y dogmático, sino un Neruda comprensivo que asume dolorosamente a veces, y otras contracorriente de su propio pensamiento, las contradicciones de los sistemas para llegar a la sublimación de sus ideas democráticas y populistas. Y el canto final al Allende destruido, un canto épico en el que se mezclan el arrebato, la amistad, las convicciones políticas y el dolor. Un apasionamiento de catarata, un estremecimiento de selva umbría.

JAVIER VILLAN